WWW.PUBLICO.ES
Responsable de la edición: Peio H. Riaño → culturas@publico.es

Un gran año para Julio Cortázar, fotografiado en París en 1969. PIERRE BOULAT.

Las cartas más tristes de Cortázar

Aparece la correspondencia del escritor y su mujer con una traductora, en la que cuenta con dolorosas palabras sus tres últimos años de vida

PEIO H. RIAÑO
MADRID

Cortázar vive enterrado en una montaña postal, "como un personaje de Samuel Beckett", dice fatigado de los viajes, de las exigencias de un autor consagrado y de una enfermedad que ignora lleva dentro. "Las palabras son crudas, brutales, no dan por un lado lo específico de una situación, pero sí son ciertas; lo específico también está condicionado por ellas. Hace casi un año que sé, y soy la única en saberlo fuera de los médicos, que Julio tiene una leucemia crónica. Él no lo sabe, no lo tiene que saber, porque siendo como es, su mejor esperanza de vivir más y bien es no saberlo", escribe su segunda mujer, Carol Dunlop, el gran amor del autor de *La vuelta al día en ochenta mundos* (1967).

> «Hace casi un año que sé que Julio tiene leucemia», dice Dunlop

> «Te dejo, que el grandote dice que ya es hora del trago de la tarde»

Carol se carteó durante tres años con la mayor sinceridad con Silvia Monrós-Stojakovic, traductora de Cortázar al serbocroata, y en ellas descubre la tragedia que guarda en silencio. En agosto de 1981, le cuenta que "hace tiempo que no tiene tiempo de escribir" y que, a pesar de las recomendaciones de su médico personal, "nunca más Julio volverá a vivir el infierno de la reanimación si no hay esperanza".

En esa misma extensa carta, Dunlop asegura a Silvia que nadie sabe cuánto tiempo puede durar la enfermedad. "Yo creo, realmente creo, que serán años y años. Tal vez entre tanto tomaremos en el buen momento el mal avión".

Tocado y hundido

Pero antes de la llegada de ese supuesto accidente aéreo que ayudaba a soportar la posibilidad de una muerte por enfermedad, ocurriría el fallecimiento de la propia Carol Dunlop. "Silvia, recibo hoy tu postal de Túnez. Lo que tengo que decirte es horrible: Carol murió el 2 de este mes [noviembre de 1982], después de dos meses en el hospital donde nada pudieron hacer para salvarla", escribe hundido Julio Cortázar a la traductora. "Estoy en un pozo negro y sin fondo. Pero no pienses en mí, piensa en ella, luminosa y tan querida, y guárdala en tu corazón".

Desde entonces, un Cortázar dolorido, consciente de su inminente final, triste por la muerte de su amor, con un ánimo "todo lo bien que se puede estar después de este año tan hueco y triste".

Son las cartas a una casi desconocida, en las que todos se entregan sin gracias ni mercedes. Es la correspondencia inédita hasta el momento, que recupera la editorial Alpha Decay en un sugerente libro (*Correspondencia. Julio Cortázar, Carol Dunlop. Silvia MOnrós-Stojanovic*), que aparecerá el 16 de abril en las librerías.

Como se apunta en la nota a la edición, Dunlop, norteamericana, y Monrós, serbia, se comunicaban en un castellano peculiar. La primera empezó a aprender castellano "de oídas" apenas dos años antes de que estas cartas fueran escritas. La segunda hablaba ya un castellano casi perfecto. Pero ponía menos cuidado cuando lo escribía, por lo que se observa en su sintaxis y ortografía.

Aun así, los editores decidieron conservar esas "peculiaridades y errores", y realizar correcciones en casos en los que corriese peligro la comprensión del texto. El tono franco de las dos autoras se ha mantenido gracias a la decisión.

En carne viva

A lo largo de la lectura de estas nueve cartas y postales del escritor argentino, más cinco cartas de Dunlop y otras tantas de Silvia, la traductora suele acudir a la actualidad en Belgrado en sus escritos y a los problemas de traducción que le acarrea *Rayuela*: "He notado, sobre todo al traducir tus textos, que una de las palabras que empleas con preferente frecuencia es el verbo agazapar. La otra es el verbo rebasar".

Carol, mucho más entregada a la necesidad de hablar de sentimientos, descarna pronto sus palabras y le confiesa que le diagnosticaron un "pequeño principio de cáncer; me lo sacaron y aunque el tratamiento que tuve después era bastante deprimente, parece que ha sido eficaz. Tampoco podía decir la verdad a Julio, estaba todavía muy golpeado por su experiencia del verano e incluso sin esto no sé si se lo hubiera dicho".

Al poco, en la misma misiva, retoma la alegría y le habla de ese gran proyecto que cerrarán juntos: *Los autonautas de la cosmopista*. Esa locura tan divertida, que les llevó a parar en todos los parkings que se encontraran en la autopista del Sur que une Marsella con París.

Un mes en recorrer 800 kilómetros aproximadamente. "Nos divertimos como locos. Los locos que somos". Corta la descripción para apuntar a Silvia que le seguirá escribiendo en otro momento, porque "el grandote dice que ya es hora del trago de la tarde". Por cierto, beben vino porque "calcularon mal" la ración de whisky.

Se despide con un *flashazo* muy gráfico de cómo trabajó Cortázar ese viaje tan peculiar: "Julio te manda cariños. Está escribiendo a máquina también, sentado atrás, y tiene la mesita que nos sirve cuando llueve, como es el caso ahora. Estoy yo muy bien instalada en el asiento de pasajero adelante y mi máquina está en el del conductor. Todo perfecto. Pero tememos que en uno de estos algún viajero bien intencionado nos mande un psiquiatra en el próximo peaje".

> El libro ha mantenido los errores ortográficos originales

> «Silvia, no te escribiré más por hoy. Estoy tan solo y tan deshabitado»

Tras la satisfacción vuelven los asuntos más duros: la inevitable hepatitis de Cortázar ("inevitable después de haber recibido tanta sangre ajena"); el "esqueleto de vieja" de Carol, que le impide encontrarse con "mi cuerpo" y le hace imposible escribir la larga carta que quiere dedicarle a su amiga. "Mientras a mí me arden los huesos, Julio anda con un resfrío. Pero fuera de ello está muy bien y ya casi no hace la mimosa y sabe que si le ocurre disfrazarse de viejo, como intentó hacerlo dos o tres veces durante la convalecencia, le doy una palisa de joven".

Habitar la soledad

Después, el silencio. Y la llegada del Cortázar más triste, del escritor más harto de su cuerpo. "No tengo planes y sólo pienso en terminar el libro que hicimos juntos Carol y yo, y que tengo que completar yo solo ahora. Se lo debo, quiero que salga, en este momento es mi única manera de seguir junto a ella, hablándole y escuchándola". Ella tenía 30 años menos que él. Él estaba terriblemente enamorado, incapaz de salir adelante. "Silvia, no te escribiré más por hoy, me cuesta hacerlo, estoy tan solo y tan deshabitado".

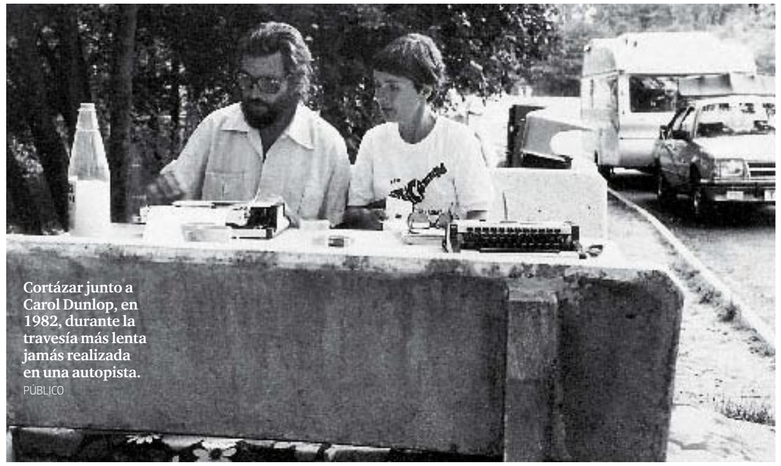
Julio murió de leucemia a los 69 años de edad, en 1984, en el Hospital Saint Lazare, después de diez días de cama, y dos años después del fallecimiento de Carol Dunlop.

En la última carta que se recoge en este fantástico libro, fechada en noviembre de 1983, reconoce a Silvia Morós-Stojakovic que anda mal de salud "y no puedo escribirte largo, tengo que quedarme en París hasta que me curen y pueda viajar otra vez a Nicaragua".

Esa fue una obsesión que aparece una y otra vez en las líneas a tres bandas, la del viaje, la de la marcha incansable a pesar de todo. ●

Más información

PARA SABER MÁS SOBRE ESTE LIBRO
www.alphadecay.org



Cortázar junto a Carol Dunlop, en 1982, durante la travesía más lenta jamás realizada en una autopista. PÚBLICO

ASÍ SE ESCRIBIÓ 'LOS AUTONAUTAS DE LA COSMOPISTA'

La linda locura de las tortugas Carol y Julio a través de Francia

¿Qué es 'Los autonautas de la **cosmopista**'?

En palabras de Carol Dunlop, "una linda locura". Ella y Julio viajaron de París a Marsella en una camioneta Volkswagen y escribieron un libro sobre la experiencia. Cada día se detenían en el primer aparcamiento que encontraban "tomándoles el pelo a los antiguos exploradores, y gozando de la ironía de tomar el camino más rápido y más 'civilisado' para hacer un viaje realmente de tortugas".

¿Por qué lanzarse **a la carretera**?

Carol y Julio estaban enfermos. El médico del escritor se mostraba reacio a que dejara su domicilio en París, pero la experiencia de sus viajes a Guatemala había sido excepcional. "Hace años que no había visto a Julio tan bien", escribe Carol Dunlop. En unas vacaciones en Marsella, fue ella quien tuvo que ser ingresada en el hospital. Tras su recuperación, la pareja invirtió seis días en llegar a París en automóvil para que Carol no se desgastara en esas condiciones. Fue en esos días cuando planearon hacer el camino contrario: por autopista, pero a la velocidad del caracol.

¿Cuánto duró **la aventura**?

Del 23 de mayo al 26 de junio de 1982. La pareja tuvo que modificar su idea de detenerse cada día en cada aparcamiento de la autopista, ya que había 66 y disponían de poco más de un mes para su viaje. Finalmente, decidieron recorrer dos zonas de descanso por día. En diez días, habían recorrido 140 kilómetros. ¡A 14 kilómetros por día!

¿**Qué sintieron** durante el viaje?

"Lo más impresionante es tal vez que desde el segundo dí, encontramos tan normal vivir así (...). Vamos descubriendo cada vez más la otra autopista, esa misteriosa y secreta vía paralela en donde al final es un poco 'todos los parkings el parking'", escribe Carol Dunlop tomando prestado el estilo de Cortázar. La mujer de Cortázar –se habían casado un mes antes– no puede ocultar el entusiasmo de vivir como dos náufragos en el asfalto: "Estamos felices, locos, hemos por fin entrado en un espacio que nos da tiempo. Es todo escritura, música, lectura, erotismo". También menciona a los amigos que se acercan para llevarles provisiones como si fueran dos expedicionarios en una peligrosa misión.

¿Cuándo **terminó** el viaje?

A finales de junio, Carol y Dunlop regresaban a París. Les esperaba un año lleno de planes laborales; entre otros, la publicación de 'Los autonautas de la cosmopista'. "Julio me prometió que el 83 será un año sabático", escribe Dunlop, que no llegó a vivirlo, ya que murió en noviembre de 1982. Julio Cortázar falleció dos años más tarde.

Los novios

Análisis

MARIO MUCHNIK

La imagen que llevo en la memoria, siempre, de Carol y Julio es la de los dos en un *drugstore* (para decirlo en *franglés*) de Saint-Germain-des-Près, al otro lado de una mesita que, por un par de horas, compartimos con ellos Nicole y yo. Si la palabra cursi no ofende a nadie, estaban acaramelados. Julio pasaba su larguísimo brazo sobre los hombros de ella y, desde las alturas, se inclinaba con cariño adolescente y la besaba en los labios, que ella le ofrecía con amor de muchacha enamorada. Ella también usaba sus brazos, pero no es fácil abrazar a una secoya: más que abrazarlo, lo palpaba. En París, estas escenas no llaman la atención, pero para nosotros, que conocíamos bien el calvario que había sido para Julio su relación anterior, era como si un pueblo estuviera haciendo la revolución y declarando su libertad. Tuvimos ganas de ovacionarlos *ideológicamente*.

Un par de años después, la imagen que nunca se borrará de mi mente es muy distinta: falta Carol. En la habitación de un hotelucho en Barcelona, Julio me cuenta la aventura de *Los autonautas de la cosmopista* y la muerte de su amada. En realidad, es poco lo que me cuenta de la muerte de Carol, algunos detalles médicos; pero me describe con precisión su propia vida a partir de la muerte de Carol. No lo hace al borde del llanto ni se autoriza el mínimo gesto de desesperación: es un hombre ante la crueldad de su destino; su mirada se fija en algún lugar que no está en ese humilde cuarto sino muy lejos, por encima de la ciudad y del mar.

En su relato sobre la dureza de la ausencia y lo meramente triste de la soledad, hay algo del *Lord Jim* de Joseph Conrad. Es como si intuyera que la única salida que le queda es su propia muerte, como a Lord Jim, y no sabe que a él mismo le quedan pocos meses, quizás apenas un año, de vida.

Para leer la obra de Cortázar, es bueno tener en cuenta que ni la felicidad en Saint-Germain-des-Près ni la carga trágica en el hotelucho de Barcelona tienen la mínima relación con sus personajes.

» EDITOR Y ESCRITOR

La universidad.

Cambridge Press estudia despedir a 150 personas

PÚBLICO
MADRID

Todas las revoluciones tienen sus víctimas y la digital ya planea como una guadaña sobre 150 trabajadores de la imprenta de Cambridge University Press. Según publicó ayer el diario británico *The Guardian*, la editorial más antigua del mundo –publicó su primer libro en 1584– negocia los despidos con el sindicato de la Universidad por el impacto económico que supone pasar de la impresión tradicional a la digital. Las pérdidas están cuantificadas en dos millones de libras (2,2 millones de euros).

En el sindicato –un órgano formado por 18 académicos de las altas esferas de la Universidad– han alertado que esta estrategia puede suponer el fin de la editorial creada bajo el auspicio de Enrique VIII. De hecho, han señalado que el paso a la edición digital exige un coste que, como ha confirmado la propia editorial, de momento no puede asumir.

Reacciones positivas

Por otro lado, el director de asuntos corporativos, Peter Davison, ha destacado que una simple reducción de 60 puestos de trabajo limitaría las pérdidas anuales a 300.000 libras (330.000 euros), una cifra que sí se podría permitir.

El sindicato ya ha comentado que las críticas han sido bien recibidas por el consejero delegado de la editorial Stephen Boourne. Mañana, los representantes de los trabajadores y la empresa tendrán una nueva reunión de la que saldrán nuevas decisiones.

En la actualidad, la Cambridge University Press, que editó por primera vez a Darwin y Newton, tiene 1.000 empleados en el Reino Unido y 800 en el resto del mundo. Imprimen 25.000 títulos al año y cerca del 80% de su negocio se realiza fuera de sus centenarios muros. ●